

EL BUEN VECINO



ALEXANDER COPPERWHITE

alexandercopperwhite.com / Todos los derechos reservados

Diseño portada: Silvia Carazo (Divulga Publicidad)

EL BUEN VECINO

De: Alexander Copperwhite

Por qué creemos que mientras vivamos en una sociedad moderna, nuestros hijos están a salvo. Por qué no podemos entender, que el instinto animal aún fermenta en el interior del ser humano y, en ocasiones, ese instinto supera nuestra capacidad de razonar y actuar considerando las consecuencias de nuestras acciones. ¿Nos engañamos a nosotros mismos? O preferimos cerrar los ojos, ignorando la realidad que nos rodea.

*

El color meloso del sol saliendo por la mañana, levantaba el telón de un nuevo día, calentaba las plumas de las palomas en los tejados, y se imponía sobre todas las criaturas de este mundo, aunque muchas de ellas intentaban ignorarlo. Hacia un par de horas que la ciudad había iniciado su latir rutinario y los seres mañaneros que deambulaban como zombis, estaban más interesados en leer el periódico, seguir disfrutando de su café o continuar con sus quehaceres, en vez de fijarse en algo tan simple y a su vez extraordinario, como el nacimiento de un nuevo día.

Adriana, la hija de los vecinos del 5ºA, tampoco se fijaba demasiado en los regalos de la vida. A sus catorce años, se preocupaba más por su aspecto y por los asuntos de moda, que por su familia y sus estudios. Su cara redondeada y de piel suavemente tintada como el azúcar moreno, despertaba en los que la conocían un implacable deseo de acariciarle las mejillas o pellizcárselas, que es lo que hacían sus tíos. Con su cabello moreno hasta los hombros, sus ojos de color marrón profundo y su esbelta figura, propia de las niñas de su edad, era dulce e inocente; creyéndose que lo sabía todo sobre la vida sin apenas haberla vivido. Sus padres, una típica pareja de cuarenta añeros, lidiaban con el día a día, con el trabajo, la casa, y las exigencias de la recién coronada adolescente. La batalla de las hormonas contra la sensatez, habían iniciado su inexorable guerra y como siempre los que más sufren son los padres y resto de familiares cercanos. Nada extraño, ni fuera de lo común.

Los ladrillados edificios en los que vivían, rodeaban un pequeño parque con árboles, césped, boñigas de perro y columpios. Por las mañana, cuando se regaba el parque, el olor a frescura y la agradable textura de la llovizna artificial, agradaba a los peatones que dibujaban una disimulada sonrisa en sus rostros mientras se dirigían hacia sus trabajos. Lo único que en ocasiones molestaba, era el perro del edificio de enfrente, que siempre ladraba antes que la mayoría de los despertadores del vecindario y al final callaba cuando la mayoría de vecinos se había marchado. Aunque tampoco podía considerarse como un asunto demasiado grave.

Adriana siempre realizaba el mismo recorrido. Era rebelde aunque de costumbres fijas. Le gustaba pasar frente a la panadería de la esquina para disfrutar del cálido y absorbente olor a pan; le gustaba cruzar la calle Rodríguez, donde los padres recién nombrados dejaban apresuradamente a sus hijos en la guardería antes de irse a trabajar. El llanto de los pequeños y los desesperados, aunque contentos, rostros de los padres, le recordaban un chiste de mal gusto que le resultaba extrañamente gracioso. Por último, diez minutos antes de llegar al colegio, se paraba y tocaba el timbre de la casa de su amiga Clarís para acabar el trayecto juntas.

Clarís era una niña que destacaba sobre las demás. Había heredado las facciones fuertes y cuadrículadas de sus progenitores. La pareja de alemanes se había mudado al barrio hacía ya mucho tiempo y Clarís había nacido aquí y, a pesar de su impecable dominio del idioma, de vez en cuando se le escapaba alguna que otra palabra con acento germánico. Se podía decir que era una niña de lo más común, que destacaba más por su educación y amabilidad que por sus atributos físicos.

Cuando se conocieron, hace siete años, lo primero que se les pasó por la cabeza era pelearse. Debe de ser cierto que las personalidades afines se encuentran a sí mismas tras un conflicto, o que los mejores amigos se hacen a base de fuego. Ese era el caso de las dos chicas. Distintas, idénticas e inseparables.

El viento tambaleaba los árboles del pequeño paseo frente a los edificios anaranjados. Los columpios situados en el centro, repletos de niños pequeños trotando sin sentido y divirtiéndose a raudales, chirriaban una canción de cadenas medio oxidadas de la que todos estaban acostumbrados. El tobogán, alzándose como una torre medieval sobre los niños, recibía golpes y risas a modo de agradecimiento, sin quejarse. Las hojas que se deslizaban hacia el suelo, enrojecidas y arrugadas por el cambio de estación, desentonaban sobre la verde y fresca hierba que se regaba durante las mañanas y los tubos negros del sistema de riego se extendía a modo de telaraña por toda la superficie.

En la casa del señor Galera, los albañiles entraban y salían sin parar. Se cargaban de materiales, recogían herramientas y almorzaban repetidas veces. El señor Galera ni se inmutaba cuando observaba a los obreros que perdían el tiempo y se recreaban con el parloteo propio de los colegas de trabajo. *Las prisas son para los ladrones.* –Pensaba-. Y él era de todo menos un ladrón.

Su casa era la única en el barrio. A primera vista parecía algo ridícula. Una casa independiente rodeada por un jardín vallado acosada por los edificios de ocho plantas, llamaba mucho la atención y a la vez causaba un efecto tranquilizador. En el lateral derecho del marco de la puerta, había grabada la frase “BIENVENIDO SIEMPRE” con letras góticas y muy grandes. A las dos chicas, la primera vez que vieron la frase de reojo mientras uno de los obreros sacaba escombros, les llamó la atención y se acercaron a la valla de madera robusta para observarla de cerca. *¿Qué clase de persona escribe eso en su puerta?* –Preguntó Adriana-. Ambas se mantuvieron en silencio pensando en esa pregunta e imaginándose a un cura o a un anciano peliblanco. Pero pronto descubrirían que el señor Galera no respondía a esa descripción.

Días más tarde, las niñas se percataron de un movimiento extraño en el jardín del misterioso vecino. Era sábado, y el habitual vaivén de los albañiles había cesado. Un limonero situado en la esquina derecha de la fachada, con la parte inferior ocultada por la valla, se

agitaba bruscamente. Sus frutos que aún eran verdes, se resistían agarrándose con todas sus fuerzas a la inmadurez, aunque las hojas se desprendían como gotas de lluvia que se desprenden del cielo. El ruido de los rastrojos crujiendo y el arrastre de algo por su superficie, les ponía los pelos de punta.

- No consigo ver nada. –Dijo Clarís-.

Se puso de puntillas y estiró los brazos para cogerse del borde.

- Es mucho más fácil cuando la puerta está abierta. –Musitó Adriana-.

El ruido cesó y el árbol se calmó. Sin las mochilas y calzando deportivas rosas pero de suela blanda, las dos amigas podían correr más deprisa, y lo sabían. El corazón se les aceleró y, a pesar de la brisa fresca, empezaron a sudar.

- No oigo nada. –Dijo Clarís en voz baja-.

- Marchémonos de aquí.

- ¡No! Quiero ver quién es el dueño de la casa.

- Te digo que quiero irme.

- Cállate Adriana. No seas miedica y ayúdame a subir.

- Te digo que no es buena idea.

Adriana juntó las dos manos y entrelazó los dedos formando un punto de apoyo donde Clarís pisó con fuerza y se impulsó asomando la cabeza por la valla. En la base del limonero, las hojas caídas esperaban ser recogidas o desgastarse con el tiempo hasta pudrirse. Muy cerca de allí, un montoncito de hierba seca, restos de ladrillos rotos, pegotes de cemento seco y un par de bolsas de plástico despedazadas, formaban un círculo de colores sobre el césped verde. No veía nada fuera de lo común.

- ¿Os puedo ayudar señoritas?

Distraídas y con tanta tensión, no se percataron que un hombre de cuarenta años, con la frente calva y el resto de la cabeza cubierta de pelo rizado pero corto, las estaba mirando mientras figaban en su propiedad.

- ¡Cuidado! –Exclamó el señor Galera-

Clarís, que no se esperó toparse con el dueño de la casa, se soltó de la barandilla, perdió el equilibrio y se cayó al suelo sin que a Adriana le diese tiempo a reaccionar. Cuando se vio en el suelo, dobló su pierna derecha hacia el abdomen y la abrazó con fuerza; se había hecho daño en la rodilla y el carmesí de la sangre cubrió la joven e inmadura piel.

- ¿Te encuentras bien? –Preguntó el hombre con cabeza de monaguillo-

- Lo siento mucho señor. Mi amiga y yo...

El hombre interrumpió a Adriana con una sonrisa.

- No te preocupes por eso ahora. Pasad dentro para que limpiemos esa herida y de paso os invito a un refresco.

La immaculada casa, tranquilizó a las dos chicas. El hombre de mediana edad, atento y cortés, las cautivó enseguida. Su afable cara, voz angelical y con sus modales de aristócrata, les hizo olvidar sus anteriores preocupaciones, y ese ser extraño que se arrastraba por el jardín, quedó como un producto de su imaginación o un simple desoír del sentido común.

III

Las siguientes semanas transcurrieron plácidamente. Las dos chicas, encantadas de haber descubierto a su encantador y nuevo vecino, se pasaban de vez en cuando por su casa para degustar unos exquisitos pasteles que le traían de Turquía, junto con un refresco de limón o naranja. Los cuadros del salón, de momentos felices y cotidianos, les causaban una placida y tranquilizadora impresión. Y como ocurre casi siempre a esas edades, las dos chicas preferían estar en cualquier parte excepto en sus casas.

Una noche, Adriana se había acostado temprano y, aunque no había visitado al señor Galera desde hacía bastante tiempo, empezó a pensar en los pasteles que les ofrecía a ella y a su amiga, esbozando una sonrisa en la comisura de la boca. También recordó la forma en que se conocieron y el extraño ruido que ambas oyeron en aquel día. *Qué más da. ¿Por qué tengo que recordar estas cosas ahora mismo?* –Pensó y se dio la vuelta agarrando su almohada-.

La noche, de un oscuro profundo y falta de luna, se entrecortaba por culpa de una farola a pie de calle que parpadeaba molestando al silencio. El almidonado crujido de las sábanas recién lavadas, imperceptible aunque siempre presente, acariciaba los oídos de Adriana hasta que de repente abrió los ojos de par en par. El armario frente a su cama estaba cerrado; los muñecos en los estantes y los postes de los cantantes del momento que había pegado por las paredes, la miraban fijamente. Sin ojos y sin expresión. Adriana se asustó y se tapó la cara hasta la parte superior de sus mofletes con la sábana, dejando los ojos al descubierto. *Ya soy mayorcita para estas chorradas.* –Musitó para sus adentros-. Se sentó en la cama y encendió la luz de la mesita de noche. Las princesas de la lámpara también despertaron, e iluminaron el entorno. Sonrientes y ajenas a lo que sucedía en el resto del mundo, las princesas alegraron la vista de Adriana y se arrepintió de querer deshacerse de ellas porque ya se había hecho mayor.

Apagó la luz dirigió su mirada hacia la cortina y se dio cuenta que a través de la rendija de la persiana, los destellos de la farola averiada atravesaban las hojas blancas y se colaban en

el interior de la habitación igual que finos cortes de una navaja luminosa. Adriana se levantó y cerró la persiana hasta abajo, acabando con la intrusión de la luz molesta. Con la punta de los dedos de los pies, se deslizó por el frío suelo y de un salto se volvió a meter en la cama.

Los engranajes del despertador que le había regalado su abuelo, viejos aunque tremendamente precisos, se le calvaban en la cabeza impidiéndole descansar. Sus ojos por fin se habían adaptado en la oscuridad y escrutaban el techo y las paredes en busca de tontunas, de monstruos repartidos por los estantes y fantasmas de sábanas blancas encadenados a bolas de hierro oxidadas. Y algo se arrastró bajo su cama.

La piel se le erizó y se le puso dura como a las escamas de un reptil. *¿Será eso lo que se arrastra ahí abajo?* –Pensó-. *¿Un reptil?* El ruido no se acentuó pero tampoco cesó. Se oyó un seco raspado, sintió un golpe en una de las patas y, de repente, la cama se movió. La saliva se le pegó en la boca y le impidió poder tragar. Su voz se había apagado por culpa de la tétrica sensación de impotencia y desesperación; el sudor recorría su frente angelical, transformándola en un espejo de pesadillas. Pronto sería engullida por la oscuridad.

Tomó un sorbo de aire y exhaló con desesperación. Y así, una y otra vez hasta que se mareó un poco. Con su cerebro sobre oxigenado y los pensamientos paralizados, decidió asomarse y ver a la criatura que se escondía bajo su cama. Con manos temblorosas y muy despacito, se agarró a la mojada sábana y asomó la cabeza.

¡Ggrrrrrrrrrr!

La viscosa criatura la miró con ojos de demonio que despedían fuego. Sus patas cortas sólo servían para distinguirse de entre las serpientes, ya que no era ni reptil, ni mamífero, ni de este mundo. Unos dientes afilados de color plata asomaron por sus agrietados labios... y se tiró al cuello de Adriana.

¡¡¡Aaaaahhhhhh!!!

El grito de la niña alertó a sus padres que entraron en la habitación corriendo. Ese grito no era muy normal para una pesadilla. Encendieron la luz y vieron a Adriana como se aferraba

a la falsa sensación de seguridad que le proporcionaba su cama y las sábanas. Empapada de sudor, temblaba y tiritaba como si una tormenta de granizo la hubiera sacudido y golpeado hasta destrozarle los nervios.

- ¿Qué te pasa hija mía? –Preguntó su madre que se sentó a su lado-.

- Bajo la cama... un monstruo.

Su padre se acercó, se puso de rodillas, levantó las sábanas que colgaban por la orilla y miró con atención.

- Aquí no hay nada cariño. Sólo ha sido una pesadilla. –Dijo su padre-.

- Y de las buenas. –Añadió su madre-. Menudo susto nos has dado.

La niña se encontraba a salvo de monstruos y seres imaginarios, pero no de su imaginación. Cuando por fin se calmó, besó a sus padres como no lo había hecho desde hacía ya mucho tiempo y se acostó de nuevo.

IV

La pesadilla quedó como un mal recuerdo aunque cada vez que Adriana y su amiga pasaban frente a la casa del señor Galera, se le ponían los pelos de punta. No entendía el porqué de esa sensación. Las visitas para comer pastas Turcas y beber refrescos se espaciaron cada vez más. Sin ningún motivo ni ninguna explicación, simplemente las dos chicas empezaron a tener otros intereses.

Un día que hacía mucho frío, las dos chicas salieron del colegio antes de lo previsto y se detuvieron en el parque que está cerca de sus casas con el fin de hacer un poco más de tiempo antes de la hora de comer.

- Si voy a casa mi madre me pondrá a hacer deberes. –Dijo Clarís-.

Adriana levantó los hombros.

- Pues veamos si los chicos están en el parque. –Propuso alzando los hombros y los bajó de golpe-.

Los chicos eran dos jóvenes que trabajaban en la tienda de ultramarinos del barrio. A esa hora, solían almorzar su bocadillo de chorizo, tomarse su cervecita fresquita y fumarse un par de cigarrillos a toda prisa. En verano les veían a menudo pero durante la temporada escolar, rara era la vez que coincidían.

- Vaya... vaya... pero si son las princesitas. –Dijo Mario que era el mayor-.

- No nos llames así. –Dijeron al unísono y se rieron al darse cuenta que pronunciaron la misma frase a la vez-.

Empezaron a charlar, a contar anécdotas y a reírse, alargando el almuerzo un poco más de lo normal. Adriana y Clarís, como ya se sentían mayores y no entendían porque sus padres no les dejaban beber cerveza, aprovecharon la ocasión y tomaron unos cuantos tragos. *Pero si es la bebida con menos alcohol en el mundo. ¿Qué puede hacernos?* –Dijo Clarís con un tonillo desafiante y extraño-.

Cuando el almuerzo acabó, las dos chicas se encontraron confusas y con remordimientos. El sofocón que les apretaba la cara y les encendía el cuello, aunque agradable al principio, empezó a resultarles molesto. No controlaban su propio cuerpo y las piernas se les doblaban un poco con cada paso sintiendo que perdían el equilibrio. El vientecillo helado que les acariciaba las cejas y las puntillas de las orejas, ya no les parecía tan frío y hasta les resultaba liberador.

Casualmente, el señor Galera vio a sus dos jóvenes amigas y se percató de lo ocurrido. Cargado con dos bolsas llenas de comida y artículos de la tienda de ultramarinos, se detuvo cerca de ellas y rebuscó en las bolsas de la compra en busca de una botella de agua.

- Venid conmigo para que os prepare un café. Tampoco es muy bueno tomarlo a vuestra edad, pero os espabilará y así puede que evitéis la bronca de vuestros padres.

Están desparramadas en el sofá. –Pensó el buen vecino-. *Tan jóvenes, tan dulces.* Su mirada por fin podía recorrer libremente sus cuerpos de seda sin llamar la atención. La sonrisa que se le dibujaba en el rabillo del labio derecho, era lasciva y sucia. El vello imperceptible de los brazos de las niñas, le obligaba a acercarse a ellas, a olisquearlas y a sacar su lengua, acercándola todo lo posible a la joven piel pero sin tocarlas. *Tomaos el café.* –Dijo perturbado y se sentó frente a ellas-.

Bajo sus pies, en el sótano recién construido, una criatura extraña percibía la excitación de su dueño. Con sus plateados y afilados dientes, se mordía las patas para extraer un poco de su propia sangre para calmar su sed. Las cucarachas con las que se alimentaba, crujían en su boca mientras les succionaba el poco líquido de vida que poseían. Las ratas, los gatos y los perros eran más succulentos, pero no abundaban.

Calma demonio que me ponga cachondo. –Musitó hacia sus adentros-. Tomó un sorbo de café y siguió relamiéndose.

- Me tengo que ir. –Dijo Adriana levantándose-. ¿Te vienes Clarís?

No era capaz de distinguir muy bien lo que sucedía a su alrededor y al estar en un lugar que ella consideraba seguro, no se preocupó demasiado.

- Primero me acabaré el café. –Contestó Clarís-.

- Vale como quieras. Adiós señor Galera... y gracias.

Al día siguiente Clarís no fue al colegio. Y al otro, tampoco. El fin de semana se le antojó demasiado largo a Adriana. Un escalofrío recorrió el cuerpo de la niña y empezó a temblar. Entonces, su padre entró en su habitación con el periódico en la mano, apretándolo con fuerza, se sentó a su lado, le acarició la cabeza y le besó en la frente.

- ¡Gracias a Dios que no has sido tú!

El angustiado padre arropó a su hija con sus brazos. Se meció junto a ella y suspiró repetidas veces. Intentó con todas sus fuerza contener una lagrima que se le quería escapar, pero no lo consiguió. Adriana le devolvió el abrazo. Su madre, tapándose la boca con las palmas de las manos y apoyada en el marco de la puerta, no dejaba de pensar en lo ocurrido.

NIÑA DE CATORCE AÑOS ENCONTRADA HECHA PEDAZOS.

Ponía el titular.

Los restos de la joven son analizados por los expertos. Se cree que la víctima residía...

Continuaba el artículo.

- ¡Clarís! –Gritó Adriana desesperada-

La pesadilla de aquella lejana noche se proyectó en sus ojos. El alma se le cayó al suelo y su mandíbula se le paralizó. Tuvo la sensación de que los pelos se le desprendían de la cabeza y una intensa flojera le recorrió el cuerpo.

Pensó en el señor Galera cortándola con un cuchillo, lamiéndola como una víbora hambrienta, tocándola con sus sucias manos y comiéndosela pedazo a pedazo. La imagen de un monstruo, mitad humano mitad reptil, ocupó su mente. Con sus dedos de uñas largas, arrancaba la fina capa de carne y pellejo que resguardaba las vísceras en la parte abdominal, y las succionaba como a espaguetis. Recuerdos asquerosos de sucesos que quizás no ocurrieron. Sensaciones grotescas y tétricas de momentos que jamás había presenciado.

El timbre sonó...

La madre fue a abrir la puerta y regresó conteniendo las lágrimas y sonriendo.

- Adriana ¿estás bien? –Preguntó Clarís.-

- ¿Dónde estabas? ¿Qué ha pasado estos días? Creía que...

Las amigas se abrazaron.

- Me puse mala y no pude ir al colegio, y para colmo, mis padres me habían castigado por lo del otro día. Cuando leyeron el periódico se entristecieron tanto que me levantaron el castigo.

- Pues nosotros pensamos que tú eras la víctima.

Adriana sintió remordimientos por haber pensado que el señor Galera, su buen amigo y vecino, tenía algo que ver con el crimen. *¿Cómo he podido pensar en una cosa tan horrible? – Pensó-. Siempre nos ha ayudado y siempre ha sido amable con nosotras. Los siento mucho... no volveré a imaginarme nada malo sobre él.*

*

Al otro lado de la calle, muy cerca de ahí; en el sótano recién construido de una agradable casa, un monstruo de patas cortas y dientes de plata succionaba el elemento líquido de la vida de pequeños seres vivos. Cucarachas, langostas, moscas y lagartos. Se relamía y se arrastraba entre los restos crujientes de los insectos. Aguardaba en la oscuridad, pacientemente, hasta que su dueño volviera a alimentarlo con sangre fresca. No con la sangre de animales salvajes e impuros, sino con la sangre que hierve dentro de un cuerpo con alma; dulce y virgen. Pero ese era un manjar que su dueño y él sólo compartían en ocasiones... muy especiales.